

Birmajer en clave infantil: *Los Caballeros de la Rama* o Crítica de la Razón Canónica

Gustavo Gareiz (UNLAM)

La idea de un “canon” literario como constructo metonímico refiere a un recorte que, además de la búsqueda de sistematización en el estudio de las obras literarias, obedece desde su concepción a arbitrariedades que van desde las tradiciones más simples a complejas elaboraciones de índole ideológica.

Roberto Ferro (1995: 4) refiere al canon como “un territorio en constante mutación” que precisa de un “poder hegemónico” para lograr una estabilidad relativa. A su vez, Ferro plantea que donde ese poder se vislumbra con mayor fuerza es, sin dudas, sobre el canon accesible para los lectores infantiles. Fundamentalmente, por la presencia de un “mediador” adulto entre los lectores y las obras disponibles.

Muchas son las críticas cada intento de canonizar la literatura suele recibir. Por ejemplo, puede verse el caso de Mignolo (1991: 146), quien asegura que:

un canon literario debería considerarse como relativo a la comunidad y no como una relación jerárquica respecto a un canon fundamental, ni tampoco dentro de un modelo evolutivo en que los ejemplos canónicos se convierten en el paraíso al que aspiran las literaturas y en medida de la organización jerárquica.

Aparece entonces, aun cuestionado, el canon como parámetro racional y descontextualizado, capaz de organizar taxonómicamente la producción literaria, al tiempo que determina las condiciones de producción y recepción. Recordemos a Bloom (1995) y su tajante división por épocas (teocrática, aristocrática, democrática y caótica). Se trata, en definitiva, de una Razón que, a la manera de un “Kant en clave infantil”, Birmajer cuestiona y resignifica a partir de su obra *Los*

Caballeros de la Rama.

La obra que nos ocupa, integrada por re-narraciones de cuentos clásicos y tradicionales ante los cuales un narrador adulto/ex –lector niño se muestra enojado y crítico, despliega en su obra buena parte de sus principales herramientas como el sarcasmo, la interpretación perversa de las realidades cotidianas o el dolor ante las revelaciones de la vida adulta. Sin embargo, desarrolla mucho más que un mero juego reescritura.

Cierto es que, consultado por el sentido de Los Caballeros de la Rama, Birmajer sostiene en una entrevista dada en 2004 a la revista *Imaginaria*⁴⁴:

Lo que yo hago es narrar una nueva historia a partir de esa historia. Que sorprenda y emocione como la anterior. Y ojalá que perdure con la misma intensidad. Pero no es que yo cuestione los cuentos clásicos.

No obstante, y a pesar de la riesgosa empresa que puede suponer contradecir al propio autor, la obra a la que refiere posee varios elementos que nos permiten pensar en Los Caballeros de la Rama como en un acabado tratado de reinterpretación crítica del sustrato tradicional y folclórico de los cuentos de hadas. Así, Birmajer desarrolla una “Crítica de la Razón Canónica” al reelaborar no solo el material literario, sino, además, las condiciones para su recepción.

Birmajer le da la vuelta al canon. Y, aunque hasta el último de los relatos de su obra, “El sendero de las migas de pan”, podríamos pensar en que lo afirmado en la entrevista es incuestionable, es justamente en este último relato que el narrador adulto/ex – lector niño se nos hace presente en toda su dimensión crítica.

Dice en “El sendero de las migas de pan”, en referencia, por ejemplo, a “Hansel y Gretel” que no hay “ogro más malvado” que los padres de

⁴⁴Entrevista realizada por Fabiana Margolis, <<“No me olviden”, Mucho más que tres palabras con Marcelo Birmajer>>, revista *Imaginaria* N° 131, 23 de junio de 2004

estos niños y que esa es una de las “historias más crueles” que haya leído (2003: 116). Pero, ¿es justamente eso lo que el lector de cuentos de hadas o tradicionales como el de “Hansel y Gretel” debería leer? Volviendo al trabajo de Ferro (1995: 7), notamos que, en virtud del canon, “las relaciones entre texto y mundo están configuradas a partir de estrategias que permiten al lector participar en la elaboración del sentido”, pero, agrega Ferro, de manera “restringida”, dado que el rol del lector infantil consiste, apenas “en llenar los espacios dejados en blanco en el texto, pero estrictamente programados por el entorno”. Y no es justamente esto lo que hace el ex – lector niño devenido narrador adulto en *Los Caballeros de la Rama*.

Varias son las categorías, o, en términos de Propp, “funciones” que pone en cuestionamiento la obra de Birmajer con respecto a los cuentos tradicionales o de hadas.

Tal es el caso del cuento que da nombre a toda la obra, cuando la función de “decisión del héroe”, en el cuento “*Los Caballeros de la Rama*” (2003: 60), Merlín sentencia:

Uno puede dar la vida por cualquier cosa y sentirse un héroe, pero los verdaderos héroes son los que nos ayudan a vivir. Labrar la tierra, construir una casa, formar una familia, es una tarea harto más difícil que morir por cualquiera de esas cosas.

“¿En qué consiste la valentía de una persona que sabe que nada le puede hacer daño? Es sólo una pregunta.”, dice el narrador de “*El talón de Aquiles*” (1999), del libro *Mitos y recuerdos*. Así, el mito representante del canon aparece cuestionado, al menos, desde la duda, por el lector ex - lector niño.

Típica escena “birmajeriana” el choque intergeneracional aparece replicado una y otra vez en la obra. Al igual que en muchos de sus otros libros, la clave de la semiosis propiciada por *Los Caballeros...* aparece ligada a esa zona de indefinición, a esa “frontera indómita” (Montes, 1999: 91) que coloca al lector en el dilema de volver a los

sentidos de sus adultos (recuerdos prestados), o en buscar sus propios sentidos. O, en términos de Montes, que abre paso a las “ilusiones en conflicto” entre los partidarios de la “pasión” y los de la “acción” desde la lectura de obras literarias.

En *Hechizos de amor* (2001: 68), el narrador recuerda una anécdota referida a una conversación que sostiene durante un almuerzo placentero con su padre, acerca de los “secretos del mar”. El padre, plétórico de “racionalidad” desestima con fina ironía las inquietudes de aquel niño, que entonces decide hacerse las preguntas a sí mismo y descubre que “los signos de pregunta son las ganzúas con las que abrimos las puertas de la verdad”.

Peor aún es el silencio que encuentra en su tía muda Atilio Dentolini en *El túnel de los pájaros muertos* (2010), mujer con la que queda al cuidado frente al abandono de sus padres.

Son muchas las preguntas que el narrador construido por Birmajer en *Los Caballeros...* se realiza a sí mismo, o al lector, o que pone en boca de alguno de sus personajes, para hacerlo discutir con otro o, simplemente, para dejar pensando a los protagonistas, como al príncipe Romo sobre la condición del amor, quien se aventura a “la soledad y al dolor” (2003: 36) sólo por no hacer uso de la magia de Merlín para conquistar a Lisia, su amada princesa.

El canon viene a cristalizar en buena medida la asimetría típica de la escena enunciativa que caracteriza a la literatura infantil. Pero Birmajer rompe ese cristal, no para dar certezas, porque no las tiene.

Dice el narrador del cuento “Un secreto” (2003: 74-75), al concluir la “verdadera” historia de la Bella y la Bestia:

Claro, lo que se supo en el resto del mundo, y sospecho que se creerá para siempre, fue de la Bestia convertida en príncipe por amor. No sé si les he hecho un favor contándoles la verdad. No sé si me agradecerán por permitirles guardar este secreto. Si no se sienten afortunados por saber el secreto, entonces regreso al principio y espero, que al menos, hayan disfrutado de un buen cuento.

En ese principio, el narrador del cuento lleva a cabo una crítica despiadada en contra de quienes creen que “es el lector el que debe agradecerles o trabajar para leerlos” sin dar una buena historia al lector que los “homenajea con su atención” (2003: 68).

Pero las historias, aunque hayan sido contadas una y otra vez (“Sospecho que todos conocerán el cuento del pastor mentiroso y el lobo” dice el narrador en “El verdadero motivo de los campesinos”), son narradas a partir de la propia experiencia del autor, quien afirma que “no hubiera escrito si no hubiera encontrado mi propia voz. Sin ellos, no podría haber encontrado mi propia voz. Pero sin encontrar mi propia voz no tendría sentido escribir”

“Ellos” son sus maestros, sus adultos. Representantes del canon al que ahora pone en conflicto. Principio necesario para ir en contra del “dogmatismo anticuado y carcomido” al que alude Kant en su *Crítica de la razón pura*, como parámetro de lo que debe ser superado desde la propia introspección.

Tejerina Lobo (2006: 1) refiere al canon como “necesario y polémico” para luego, al referirse a la antología *Cien libros para un siglo*, remarcar la inexistencia de explicaciones sobre el porqué de la selección de cada obra compendiada. Ante ello, se pregunta si “es este silencio la solución menos mala ante tanto compromiso”.

Birmajer en *Los Caballeros...* muestra a adultos atravesados por las falsedades del mundo o enmudecidos por la impotencia. Así, en “La hermana de la Bella Durmiente”, Strogonoff dirá, ante el fracaso de sus gestiones para evitar una nueva maldición de Agatha (2003: 20): “Definitivamente, hace falta más que un estrategia para vencer el enigma del Mal”.

El canon aparece entonces cuestionado no por “lo dicho”, sino por la semiosis que “lo dicho” genera en sus lectores. Las certezas de un canon inmovible ante la mirada escudriñadora del lector resultan, entonces, absurdas. Más aún, si esas certezas provienen de un adulto que, como sostiene Soriano (1995: 162) ha creado un mundo “fundado en la frustración, el temor y la obediencia ciega”.

Es desde ese mundo adulto asociado a la caracterización del crítico francés que el rey de “El catalejo” (2003: 108) le encarga a Merlín la construcción de un telescopio capaz de ver por todos los rincones de la Tierra a fin de rescatar a su amada princesa de manos de los mongoles. Guiño foucaultiano, el panóptico encargado a Merlín fracasa una y otra vez porque no tiene la mirada que busca a Magalí, la infortunada princesa. Solo la propia experiencia, “la propia voz” de la evocación puede rescatar a la amada del rey (2003: 109):

...el rey me habló de su mujer perdida. Comencé, yo mismo, el mago Merlín, a pensar en ella como el rey pensaba. A mirar sus ojos como los miraba el rey. Olí el perfume y palpé los cabellos, que aún estaban fragantes. Me parecía verla caminar por Palacio, con su gracia y discreción. Entonces (...) apareció en mi cabeza el secreto para construir una lente que sólo pudiera encontrar a Magalí.

“Cada cual que recorra su camino” parece decir de una u otra manera en cada relato de Los Caballeros... un Birmajer que, aunque nos diga que su intención no es poner en tela de juicio a los cuentos con los que crecimos, sí, al menos, despliega desde “su propia voz” una crítica hacia los usos de dichos cuentos. Se trata de distinguir claramente “interpretación” de “uso” tal como la hace Pisanty (1995: 86) valiéndose de los conceptos de Eco.

Siguiendo esa misma línea trazada por Pisanty, si la relectura devenida renarración de los cuentos que Birmajer realiza en Los Caballeros... no se propone criticar desde la propia ideología del autor a esos usos, deberemos sostener, al menos, su coincidencia de perspectiva con lo planteado por Bettelheim (1975: 178):

Los verdaderos cuentos de hadas tienen significado a distintos niveles; solo el niño puede saber cuáles son importantes para él en un momento dado. Al ir madurando, el niño descubre nuevos aspectos de estos cuentos populares y esto le confirma la idea de que ha llegado a una com-

preensión más madura, puesto que la misma historia le revela ahora mucho más que antes. Esto solo puede suceder si no le se le dice al niño, de manera didáctica, lo que se supone que transmite la historia, solo cuando el niño descubre espontánea e intuitivamente los significados de un cuento que hasta entonces habían permanecido ocultos. Gracias a este descubrimiento, un cuento deja de ser algo que se había dado al niño, para convertirse en algo que él ha creado en parte.

Volvamos al final del libro, que es por donde comenzamos. Redondeemos este desafío a “la propia voz” de Birmajer desde nuestra mirada escudriñadora.

Ahí nos encontraremos con su descubrimiento: que puede trocar los cuentos conforme sus propias vivencias y su propia mirada.

Llegado al punto de renarrar el final de “Hansel y Gretel”, el narrador de “El sendero de las migas de pan” no busca hacer regresar a Hansel a la casa de los padres que lo han abandonado a él junto con su hermana. Por el contrario, le hace aprender el idioma de los pájaros para preguntarles por qué se han comido las migas (2003: 116). “Para hacerte un favor” le responderán los pájaros porque para ellos Hansel tiene “la fuerza y la inteligencia para labrarse un camino nuevo”.

Se trata, en suma de hacerse de un nuevo sendero de interpretaciones, no ya desde la academia, no ya desde la tradición, sino desde el “veneno saludable” de la duda que abre paso a las preguntas, y que lleva a la propia experiencia.

De esta forma, Birmajer pone, aun sin proponérselo, una crítica consustanciada con las más profundas y “misteriosas” razones del canon adulto. Porque, como dice es sastre Paco “En una cárcel lejana” (2003: 101):

No hay mayores pruebas para distinguir la verdad de la mentira. Como con mis tejidos, no importa cuántas pruebas uno presente: sólo los más inteligentes pueden descubrir la verdad tal cual es.

Esos “más inteligentes” son los niños, a quienes Birmajer “homenajea” para que desenmarañen y destejan el canon adulto. Por ello,

siguiendo nuestro propio sendero, celebramos humildemente ese homenaje, seguros de que al Caballero de la Rama no habrá de disgustarle tanto que lo hayamos contradicho.

Bibliografía

- Bettelheim, B. (1975) Psicoanálisis de los cuentos de hadas, Barcelona, Crítica*
- Birmajer, M. (1999) Mitos y recuerdos, Buenos Aires, El Ateneo.*
- (2001) Hechizos de amor, Buenos Aires, Santillana.*
- (2003) Los Caballeros de la Rama, Buenos Aires, Alfaguara Infantil.*
- (2010) El túnel de los pájaros muertos, Buenos Aires, Alfaguara.*
- Ferro, R. (1995) "La literatura infantil como macrogénero", en revista LUDO -publicación del Gabinete de Investigaciones de Literatura Infantil-Juvenil del Instituto SUMMA, Buenos Aires, Fundación Salottiana, N° 18.*
- Foucault, M. (2005) Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión, Buenos Aires, Siglo XXI.*
- Mingolo, W. (1991) "Los cánones y (más allá de) las fronteras culturales (o, ¿de quién es el canon del que hablamos?). En E, Sullá (ed.) (1998) El canon literario, Madrid, Arco-Libros.*
- Montes, G. (1995) La frontera indómita, Buenos Aires, FCE.*
- Pisanty, V. (1995) Cómo se lee un cuento popular, Barcelona, Instrumentos Paidós*
- Soriano, M. (1995) La Literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas, Buenos Aires, Colihue.*
- Tejerina Lobo, I. (2006) "El canon literario y la literatura infantil y juvenil. Los cien libros del siglo XX" (Disponible en línea). Obtenido el 8 de mayo de 2011 desde: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132522.pdf>*